cros, de los que brota yerba en estranjeras tierras! ¡Y todo concluye siempre del mismo modo para mí, cerrando el libro y humedeciéndolo con mis lágrimas!

LIBRO CUARTO.

I.

Os he hablado de otra escena de mi infancia, impresa vivamente en mi memoria desde el orígen de mis sensaciones; y como os pintaré al propio tiempo el género de educacion que recibí de mi madre, voy á referírosla.

Es un dia de otoño, á fines de Setiembre ó principios de Octubre. Las nieblas, algo debilitadas por el sol, tibio aún, flotan sobre la cima de las montañas; tan pronto descienden, formando olas perezosas, al lecho de los valles, que cubren cual un rio nacido durante la noche, tan pronto se desarrollan sobre los prados, elevándose á corta altura de la tierra blancas é inmóviles á manera de los lienzos que estienden los aldeanos sobre la yerba para blanquearlos al rocío; ó bien son desgarradas por ligeras ráfagas de viento que las empujan y pliegan á los dos lados de

una série de colinas, dejando percibir de vez en cuando entre ellas grandes perspectivas fantásticas, iluminadas por rayos de luz horizontales que brotan del lado del disco del sol naciente. Apenas ha amanecido en la aldea, cuando me levanto. Mis vestidos son tan toscos como los de los muchachos mis convecinos: ni uso medias, ni zapatos, ni sombrero: una chaqueta de paño azul, de pelo bastante largo, y una gorra parda de lana, como la que llevan todavia los muchachos de las montañas de Auvernia, componen todo mi traje; me echo al hombro un saco de cutí abierto por el pecho, á manera de un gran morral. Este morral contiene, como el de mis camaradas, un pedazo grande de pan negro mezclado con centeno; otro de queso de cabra, del tamaño y dureza de un guijarro, y una navaja del valor de un sueldo, en cuyo rústico mango de madera hay ademas un tenedor con dos dientes largos, de hierro. De este tenedor se sirven las gentes de mi país para tomar el pan, el tocino ó las coles en la taza en que comen las sopas. Equipado de esta suerte, me encamino á la plaza de la aldea, á un lado del pórtico de la iglesia, debajo de dos corpulentos nogales. En este paraje se reunen todas las mañanas, alrededor de sus carneros, de sus cabras y de algunas enflaquecidas vacas, los ocho ó diez pastorcillos de Milly, que cuentan, poco más ó ménos, igual edad á la mia, ántes de encaminarse á las montañas.

II.

Marchamos haciéndonos preceder del rebaño comun, cuya larga fila sigue á pasos desiguales los áridos y tortuosos senderos de las primeras colinas. Cada uno de nosotros va, cuando le toca, á traer á pedradas las cabras que se estravian y trepan por encima de los cercados. Vencidas las primeras eminencias áridas que dominan la aldea, lo cual no se consigue en ménos de una hora al paso del ganado, se entra en una elevada y espaciosa garganta, en la que ya no se perciben ni casas, ni humo, ni cultivo.

Las dos laderas de aquel solitario espacio están cubiertas de malezas matizadas de florecillas del color de la violeta, y de mimbres largos y amarillos con que se hacen escobas; por uno y otro lado estienden sus largas ramas medio deshojadas, un corto número de gigantescos castaños; las hojas ennegrecidas por el frio se desprenden á su rededor al menor soplo del viento. Así que nos aproximamos echan á volar, graznando, algunas negras cornejas que se descubren sobre las ramas más secas y muertas de aquellos árboles; y enormes águilas ó gabilanes, remontados en lo alto del espacio, giran durante horas enteras por encima de nuestras cabezas, acechando á las alondras que se posan en los mimbres, ó á los cabritillos que se guarecen con sus madres. Grandes masas de piedras parduscas, manchadas y algo amarillentas á causa de los musgos,

brotan en grupos de la tierra sobre las dos pendientes escarpadas de la garganta.

Nuestro rebaño queda en completa libertad de esparcirse á su antojo por los prados. Nosotros buscamos una de esas grandes rocas, que algun tanto encorvadas sobre sí mismas, forman con su cima una media bóveda, que conserva libre de la lluvia unos cuantos pies de arena fina, y nos situamos á su abrigo en cuanto reunimos tres ó cuatro coloños de malezas secas y ramas que se han caido de los castaños durante el estío; hacemos lumbre con eslabon y piedra, y encendemos una de aquellas hogueras que tan pintorescas se nos representan contempladas de léjos al pié de las colinas ó desde la cubierta de un buque, cuando se navega á vista de tierra.

Su clara y ondulante llama brilla á través de las oleadas negras, cenicientas y azules del humo de la leña verde, que es azotada por el viento como las crines de un caballo desbocado. Abrimos nuestros morrales, sacamos de ellos el pan, el queso, y algunas veces unos huevos duros, sazonados con sal sin moler y de color de ceniza. Comemos pausadamente ínterin que el rebaño rumia; á veces ocurre que cualquiera de nosotros descubre al estremo de una rama castañas que se quedaron olvidadas al tiempo de la recoleccion; entónces, armados de nuestras hondas, lanzamos con tan buen acierto una nube de piedras que el fruto se desprende de la cáscara entreabierta y cae rodando hasta nuestros pies.

Las ponemos á asar en el rescoldo de la hoguera;

y si además tropieza cualquiera con algunas patatas abandonadas entre las tierras removidas de un ribazo, nos las trae, las cubrimos tambien de ceniza y ascuas, y las devoramos humeantes todavia y sazonadas con el orgullo del descubrimiento y el atractivo del hurto.

Al medio dia reunimos otra vez las cabras y las vacas, que descansan hace largo rato al sol, sobre el blando leño de mimbres y hojas secas. Las nieblas que el sol ha dispensado al remontarse sobre aquellas cimas brillantes y de ténue luz, han ido á acumularse en el valle y en las llanuras; sólo vemos alzarse por encima de las colinas los campanarios de algunas aldeas de las alturas; y en los límites del horizonte las nieves rosadas y sombrías del Mont-Blanc, cuyas atléticas osamentas, aristas pronunciadas y ángulos entrantes y salientes, se distinguen como si estuviera á corta distancia.

Reunido ya el ganado, nos dirijimos hácia la verdadera montaña. Dejamos muy atrás aquella primera garganta en que hemos pasado la mañana; desaparecen los castaños, sucediéndoles enanas malezas, y van haciéndose más ásperas las pendientes, tapizadas con largos helechos y engalanadas con las flores de las campanillas azules y las digitales purpúreas; todo lo cual se pierde de vista tambien á su vez. De allí en adelante sólo se descubren musgo y piedras movedizas, que ruedan sobre los costados de las montañas.

Uno ó dos pastores se quedan allí en guarda del ganado. Los otros, y yo con ellos, hemos descubier-

to hace muchos dias, en la última cresta de la más alta de aquellas cimas, y al lado de una tabla de nieve que parece una mancha blanca al Norte, y que tarda mucho en derretirse en las primaveras frias, una abertura en el peñasco, que debe dar entrada á alguna caverna. Hemos visto que las águilas dirigian su vuelo hácia aquellas peñas, y los más osados de entre nosotros nos hemos decidido á coger en el nido los polluelos. Hoy es el día destinado para subir allá, armados de nuestros palos y de nuestras hondas. Todo está previsto, hasta la oscuridad de la caverna; y cada uno de nosotros hace muchos dias que tiene preparado un hachon destinado á alumbrarse. Para procurárnoslo, hemos cortado en los bosques de las inmediaciones troncos de pino de ocho ó diez años, los hemos hendido en direccion de su longitud, en veinte ó treinta astillas de una ó dos líneas de grueso, dejando únicamente intacta la estremidad inferior del árbol hendido de esta manera, con el fin de que permanezcan unidas las astillas, y con el de tener un mango sólido con que sostenerlo en la mano; además, de distancia en distancia las hemos liado con alambres para que el haz no se desmiembre, llevándolos á secar por espacio de muchas semanas en el horno señorial del pueblo, desocupado ya del pan. Preparados de esta suerte los troncos, calcinados por el fuego é impregnados de la resina propia del pino, quedan convertidos en antorchas, que arden con lentitud, que no se apagan con nada, y que dan llamas de un rojo brillante con el más leve soplo de aire que las agite. Cada uno de nosotros lleva al

hombro uno de estos pinos. Al pié ya del peñasco, los ponemos derechos para poder encaramarnos á la boca tortuosa de la caverna que se abre sobre nuestras frentes; y al fin llegamos á ella trepando de roca en roca y despedazándonos las manos y las rodillas. La embocadura, cubierta por una bóveda natural de inmensos pedruscos, apeados los unos contra los otros, es bastante capaz para contenernos á todos. En breve comienza á estrecharse obstruida por bancos de piedra que nos vemos en la necesidad de separar; y despues, girando de pronto y descendiendo con la rapidez de una escalera sin peldaños, se pierde en la montaña y en la noche.

Allí decae nuestro valor, y arrojamos al fondo piedras, cuyo ruido, que lentamente baja, vuelve en ecos subterráneos hasta nuestros oidos. Los murciélagos se precipitan á este estrépito de su antro, y nos rozan la cara al salir con sus membranas viscosas. Encendemos dos ó tres antorchas, y el más atrevido y el mayor de entre nosotros avanza delante; todos le seguimos; un corto espacio vamos arrastrándonos, como el zorro en su guarida. El humo de las antorchas nos ahoga, pero no nos detiene.

La bóveda se ensancha y eleva de repente, y nos encontramos en una de esas vastas salas subterráneas de que casi siempre dan indicio las cavernas de las montañas, sirviéndolas, por decirlo así, para respirar el aire esterior. Una pequeña charca de agua clarísima refleja en su fondo el resplandor de nuestras teas. Gotas brillantes como el diamante se filtran de las paredes de la bóveda, y cayendo por

intervalos regulares en el charco, producen ese ruido sonoro, armonioso y agradable, que tanto en los reducidos manantiales como en los grandes mares, son siempre la voz del agua. El agua es el elemento triste. *Super flumina Babylonis sedimus et flebimus.* ¿Y por qué? Porque el agua llora á la par con todo el mundo. Aunque somos niños, no podemos ménos de enternecernos.

Sentados al borde de la laguna murmuradora, permanecemos largo espacio orgullosos con nuestro descubrimiento, sin embargo de que no hemos hallado leones ni águilas, y de que ennegrecido el peñasco en muchos puntos por el humo de muchas antorchas, ha debido hacernos ver que no hemos sido los primeros iniciados en el secreto de la montaña. Nos bañamos en la charca helada; humedecemos el pan en sus ondas; olvidamos por mucho tiempo el examinar si tiene alguna otra ramificacion la caverna, hasta tal punto, que cuando salimos se ha ausentado ya el dia, y la noche muestra en el firmamento sus primeras estrellas.

Esperamos á que las tinieblas sean más profundas aún, y encendiendo entónces á la vez los troncos de pino por su estremidad, descendemos con rapidez de cima en cima, como estrellas errantes; hacemos evoluciones luminosas sobre los cerros más elevados en que puedan descubrirnos desde las aldeas más distantes de la llanura; nos precipitamos hácia nuestro rebaño como un torrente de fuego, y le echamos por delante cantando y gritando. Llegados á la última colina que domina las casas de Milly, nos detenemos, seguros de que nos estarán observando, sobre un prado en declive; formamos corros, ejecutamos danzas, cruzamos nuestros pasos alzando los arbolejos inflamados sobre nuestras cabezas; y por último los arrojamos ya casi consumidos en la yerba, donde todos los troncos aglomerados forman una luminaria que vemos arder con lentitud, al descender hácia la casa de nuestras madres.

Así se pasaban, con ligeras variaciones segun la estacion, mis dias de pastor. Ya era la montaña con sus cavernas, ya las praderas con sus aguas corrientes á la sombra de los sauces; las esclusas, los molinos, en los cuales nos ejercitábamos en nadar; ya los potros montados en pelo y domados á la carrera; ya la vendimia con sus carros colmados de racimos, cuyos bueyes conducia yo con la hijada, y las tinas espumosas que pisaba enteramente desnudo con mis camaradas; ya la recoleccion y la era, en donde sacudia cadenciosamente el trigo con el mazorcador proporcionado á mis brazos infantiles. No es posible que exista hombre alguno que haya sido criado más en contacto con la naturaleza, ni que haya aspirado en edad más temprana la inclinacion á las cosas del campo, á las costumbres de ese pueblo feliz que en ellas vive, y á cosas sencillas, pero variadas, como los cultivos, los lugares, las estaciones, que no convierten al hombre en una máquina de diez dedos sin alma, como los monótonos trabajos de otras industrias, sino en un sér que siente, piensa y ama, en perpétua comunicacion con la naturaleza, que se infiltra en él por todos sus poros, y con Dios,

cuya inmediacion conoce por los bienes que de él recibe.

III.

Humildes, severas y crueles fueron las primeras impresiones de mi vida. Los paisajes primeros que contemplaron mis ojos, no eran á propósito para dilatar ni matizar demasiado las alas de mi juvenil imaginacion; sólo despues y poco á poco fué cuando las escenas magníficas de la creacion, el mar, las sublimes montañas, los resplandecientes lagos de los Alpes y los monumentos humanos en las grandes poblaciones, hirieron mis ojos. Al principio sólo ví lo que suelen ver los muchachos de la más agreste aldea, en un país cuya fisonomía no es imponente. Tal vez es lo mejor, para gozar bien en la contemplacion de la naturaleza y de las obras de los hombres, comenzar por lo más modesto y vulgar, é iniciarse, por decirlo así, lentamente y á medida que el alma se desarrolla, en los espectáculos de este mundo. El águila misma, cuyo destino es subir tan alto y ver á tanta distancia, comienza su vida en la grieta de una roca, y no divisa en su juventud más que las orillas áridas y muchas veces fétidas de su nido.

La ignorada aldea que habia destinado el cielo para mi nacimiento, y en la que la revolucion y la pobreza confinaron á mis padres, no contenia nada que pudiese indicar ni decorar el sitio de la humilde cuna de un pintor ó de un admirador de la obra de Dios.

IV.

Desviándose del lecho del Saona, abierto en medio de verdes praderas, y en la falda de los fértiles ribazos de Macon, al dirigirse hácia la pequeña ciudad y las ruinas de la antigua abadía de Cluny, en donde murió Abelardo, se sigue una senda montuosa, al través de las ondulaciones de un terreno que empieza á elevarse á la vista como las primeras olas de una marea creciente. A derecha y á izquierda blanquean las aldeas, en medio de las viñas. Por cima de ellas se dilatan montañas escuetas y sin cultivo por pendientes rápidas y pedregosas, formando prados cenicientos, en los que se destacan como puntos blancos algunos escasos rebaños. Todas estas montañas están coronadas por masas de rocas que brotan de la tierra, y cuyos dientes, gastados por el tiempo y por los vientos, se presentan á la vista como las formas y las ruinas de los antiguos castillos desmantelados. Siguiendo la senda que rodea la base de estas colinas, próximamente á dos horas de distancia de la ciudad, hállase á la izquierda un camino bastante estrecho cubierto de sauces, que se inclinan á los prados, hácia un arroyo en que se oye el ruido constante de la rueda de un molino.

El camino serpentea un momento, bajo los alisos que lo ocultan á la par del arroyo, cuyas aguas corrientes, cuando se hallan algo acrecidas por las avenidas, se apoderan de él; en seguida se atraviesa el raudal por un puentecillo, y se sube una pendiente

rapida hácia casuchas de tejas encarnadas, sobrepuestas las unas á las otras, en un pequeño terraplen. Aquella es nuestra aldea. Un campanario de piedras grises en forma de pirámide se eleva allí sobre siete ú ocho casas de campesinos. El camino pedregoso pasa deslizándose por entre estas cabañas. Al cabo de él se llega á una puerta, algun tanto más ancha y elevada que las demás. Es la del patio, en cuyo fondo se oculta la casa de mi padre.

Se oculta, en efecto, porque no se la vé desde ningun punto de la aldea ni del camino general. Edificada en el hueco de un ancho repliegue del valle, debajo y enteramente dominada por el campanario, por los edificios rústicos ó por los árboles; arrimada á una montaña de bastante elevacion, únicamente trepando á esta montaña y volviendo la cara es como se puede divisar á su pié aquella casa baja, pero maciza, que surge como un grueso mojon de piedra negruzca al estremo de un estrecho jardin. Es cuadrada; consta de un sólo piso y de tres grandes ventanas en cada fachada. Sus paredes no blanquean; la lluvia y el musgo han prestado á las piedras el matiz sombrío y secular de los antiguos claustros de las abadías. Por el lado del patio abre paso á la casa una alta puerta de madera tallada, la cual se halla colocada al estremo de una gradería de cinco escalones de piedra sillería. Mas estas piedras, aunque de dimensiones colosales, han sido de tal modo descantilladas, desgastadas y partidas por el tiempo y por los pesos que en ellas se descargan, que están enteramente desunidas, y vacilan, formando un ruido sordo bajo las pisadas; las ortigas y las parietarias húmedas crecen aquí y allí en sus intersticios, y las ranas de la primavera, con su voz dulce y melancólica, cantan durante la noche entre ellas, como pudieran hacerlo en un pantano.

Al entrar se encuentra un corredor ancho y bastante claro, pero cuyas dimensiones están cercenadas por grandes armarios de nogal tallado, donde guardan los campesinos la ropa blanca, y por sacos de trigo ó de harina colocados allí por las necesidades diarias de la familia. A mano izquierda está la cocina, cuya puerta, constantemente abierta, permite divisar una larga mesa de roble, rodeada de bancos. Pocas veces se dejan de ver algunos campesinos sentados á ella á todas horas del dia; el mantel se halla siempre puesto, ya para los obreros, ya para el sin número de forasteros á quienes se acostumbra á ofrecer queso, pan y vino, en las poblaciones distantes de las ciudades, donde generalmente ni hay posada ni taberna. Por la izquierda se pasa al comedor, allí no se descubren otros muebles que una mesa de pino, algunas sillas y uno de esos aparadores viejos, con divisiones, cajones y multitud de pisos; muebles hereditarios en todas las casas antiguas, y que el gusto actual convierte en modernos al buscarlos. Desde el comedor se pasa á un salon con dos ventanas, una de las cuales da al patio, y la otra cae al Norte sobre el jardin. Una escalera, en aquel tiempo de madera, y que mi padre sustituyó con otra de piedras groseramente labradas, conduce al piso único y bajo, compuesto de una docena

de cuartos casi desamueblados y que dan á corredores oscuros. En aquel tiempo se hallaban ocupados por la familia, los huéspedes y los criados. Hé aquí el interior de la casa que tanto tiempo nos ha cobijado bajo sus paredes sombrías y benéficas: ¡hé aquí el techo á que mi madre llamaba con tanto cariño su Jerusalen, su mansion de paz!

¡Hé aquí el nido que nos abrigó durante tantos años contra la lluvia, el frio, el hambre y el hálito del mundo! ¡El nido que visitó la muerte para llevarse sucesivamente al padre y á la madre, y que los hijos han ido abandonando despues, marchándose unos por un lado, otros por otro y algunos á la eternidad!... Yo conservo con amor sus restos, su paja, sus musgos, sus plumas, y aunque ahora le encuentro vacío, desierto y sin todas aquellas deliciosas ternuras que lo animaban, todavia gozo contemplándole, y quiero dormir algunas veces en él, como si los lugares guardasen la impresion presente de las cosas, y como si esperara volver á hallarme, al despertar, con la voz de mi madre, los pasos de mi padre, los gritos alegres de mis hermanas, y todos aquellos sonidos de juventud, de vida y de amor, que resuenan únicamente para mí debajo de aquellas viejas vigas, porque no queda más que yo para percibirlos y para hacerlos existir algun tiempo más.

V.

El esterior de la casa corresponde al interior. Por el lado del corral no halla que contemplar la vista

más que los lagares, las leñeras y los establos que le rodean. Abierta siempre la puerta que da á la calle, permite ver durante todo el dia á los labradores que pasan á su ida ó á su vuelta del campo. Sobre un hombro suelen traer sus aperos, y sobre el otro una larga cuna en la que duerme alguno de sus hijos. Su mujer les sigue á la viña, llevando muchas veces otro hijo al pecho. En pos de ellos va una cabra con su cabritillo; detiénese un momento para jugar con los perros cerca de la puerta, y despues parte saltando para reunirse á ellos.

Al otro lado de la calle hay un horno señorial, que está siempre humeando y que es el centro comun habitual en donde se reunen los ancianos, las infelices hilanderas y los niños que acuden á calentarse á la ceniza de aquel fuego perpétuo. Esto es lo que se descubre desde una de las ventanas del salon.

La otra ventana, que da al Norte, permite estender las miradas por encima de las tapias del jardin y de los tejados de algunas casas de poca elevacion, hasta un horizonte de montañas sombrías y casi siempre nebuloso, en el que se alza, ora iluminado por un rayo anaranjado de sol, ora en el centro de las nieblas, un antiguo y ruinoso castillo, flanqueado por sus botareles y torreones.

Constituye el adorno más característico de aquel paisaje. Quitadas aquellas ruinas, los brillantes reflejos del sol poniente sobre sus paredes, y las fantásticas espirales de los vapores de la bruma alrededor de los torreones, desaparecerian para siempre con ellas, y quedaria sólo una montaña negra y una

amarillenta hondonada. Una vela en el mar y una ruina en una colina, bastan para formar un cuadro. La tierra no sirve más que de escenario: el pensamiento, el drama y la vida brotan de las huellas del hombre: donde está la vida, allí está el interés.

La parte posterior de la casa cae sobre un pequeño jardin formado por una cerca de piedras negras. En el fondo empieza á elevarse insensiblemente la montaña cultivada y cubierta de viñas en su falda, y despues desnuda y cenicienta como esos musgos sin tierra vejetal que crecen en las piedras, y casi no se perciben. Dos ó tres rocas, tambien de color oscuro, trazan una ligera franja en su cima. Ni un árbol, ni un arbusto sobresale al helecho que la entapiza: ni existe cabaña ni hogar alguno que presten animacion á aquel cuadro. En esto quizás es en lo que consiste el encanto secreto del jardin. Parece la cuna del niño que la mujer de un labrador oculta en un surco del campo en tanto que trabaja. Los dos costados del surco ocultan las márgenes de un arroyo; y cuando se descorre el velo no puede descubrir el niño otra cosa que un espacio de cielo entre dos ondulaciones del terreno.

El jardin solo tiene el nombre de tal; quizá hubiera podido considerársele de otro modo en los tiempos primitivos en que describiria Homero el modesto cercado y las siete praderas del anciano Laertes. Ocho cuadros de legumbres, cortados en ángulos rectos, circundados de árboles frutales, y separados por calles de yerbas forrajeras y arena amarilla; á la estremidad Norte de estos paseos ocho

troncos tortuosos de añosos álamos, que forman un tenebroso dosel sobre un banco de madera; otro más pequeño en el fondo del jardin, formado con vides de Judea debajo de dos cerezos: eso era todo. Olvidábame, no del manantial murmurador ni del pozo de piedras verdosas y húmedas, porque no hay una gota de agua en todo aquel terreno, pero sí de un pequeño recipiente que mi padre habia abierto en la roca para que se depositase en él el agua llovediza, y alrededor de cuyas ondas verdes y estancadas se alzaban doce sicomoros y vários plátanos, que daban alguna sombra á un rincon del jardin detrás de las paredes, y que cubrian con sus anchas hojas agostadas por el estío la superficie aceitosa del recipiente.

Sí, eso es todo; y sin embargo, fué lo bastante para constituir por muchos años los goces, la alegría, las ilusiones, los placenteros ócios, y el trabajo de un padre, de una madre y de ocho hijos; hoy mismo sirve para llenar el alma con sus recuerdos; hoy mismo le contemplo como el Eden de la infancia, en el que se refugian sus más serenos pensamientos, al buscar ese rocío de la aurora de la vida y de la hermosa luz de la hora primera, que sólo brilla pura y radiante para el hombre en los primeros lugares en que descansó su cuna. ¡No existe un árbol, un clavel, una yerba del jardin que no se halle grabada en nuestra alma, como si fuese parte de ella! Aquel rincon de tierra nos parece inmenso; tantas cosas y recuerdos son los que para nosotros se encierran en tan reducido espacio. La tosca y rota verja de madera que á él conduce, y por la cual nos lanzábamos

con gritos de alegría; los tablares de lechugas, compartidos para nosotros en otros tantos jardinitos separados, y que nosotros mismos cultivábamos; el ribazo á cuya falda se sentaba nuestro padre, con los perros á los pies, al volver de caza; el sitio por dónde se paseaba nuestra madre á la caida de la tarde, rezando para sí el monótono rosario que concentraba su pensamiento en Dios, en tanto que nos acariciaba á nosotros con su corazon y con sus miradas; el rincon de césped á la sombra y al Norte para los dias calurosos; la pared de corta elevacion al Mediodía, en la que nos recostábamos al sol con los libros en la mano; los tres tilos, los dos avellanos, las fresas descubiertas bajo de las hojas, las ciruelas, las peras, los abridores que encontrábamos, brillantes por la mañana con su dorada goma, debajo de los árboles; y más allá el lecho de álamos que cada uno de nosotros, y yo más que nadie, buscábamos al medio dia para leer nuestros libros favoritos; y el recuerdo de las confusas impresiones que recibimos con aquellas páginas; y con posterioridad la memoria de las conversaciones íntimas habidas aquí ó allí, en tal ó cual calle del jardin; y el paraje en que nos despedimos para largas ausencias, y aquel otro en que volvemos á vernos al regresar, ó en donde pasaron algunas de las escenas patéticas de ese drama privado de familia en que vemos oscurecerse el semblante de nuestro padre, en que nuestra madre llora y nos perdona, y caemos arrodillados á sus plantas, ocultando nuestra frente los pliegues de su vestido; el sitio en que fueron á anunciarla la

muerte de una hija idolatrada, ó aquel en que levantó sus ojos y sus manos al cielo.

Todas estas imágenes, todos estos recuerdos, todos estos grupos, todas estas fisonomías, todas estas felicidades, este conjunto todo, puebla aún para nosotros aquel estrecho recinto, de la misma manera que lo poblaron, vivificaron y embellecieron por espacio de tantos dias, los más felices de nuestra existencia, y hacen que abarcando con la mente nuestra existencia, estraviada despues, nos circundemos, por decirlo así, en aquellos mismos paseos, de aquel suelo, de aquellos árboles, de aquellas plantas que con nosotros han nacido, queriendo que el universo comience y concluya para nosotros con las paredes de aquel humilde recinto.

Aún conserva el mismo aspecto el jardin paternal. Sus árboles, algo envejecidos comienzan á cubrirse con manchas de musgo en sus troncos, y las hileras de rosas y claveles han ido conquistando terreno á la arena, reduciendo los senderos al propio tiempo á mayor estrechez, y esparciendo por ellos sus filamentos, que se enredan en los pies. Dos ruiseñores cantan todavía durante las noches de primavera en los dos cenadores desiertos. Los tres abetos, plantados por mi madre, promueven todavía con sus ramas las mismas brisas melodiosas, y el sol, al ponerse, brilla en las nubes de idéntica manera. Aún reina el mismo silencio, interrumpido únicamente de vez en cuando por las campanadas de la oracion, ó por la cadencia monótona y pesada que forman los aldeanos al aventar el grano en las eras de sus gran-

jas. Pero, las yerbas parásitas, los espinos, las grandes malvas azules, se elevan en espesos manojos entre los rosales. La yedra ha ido espesando su destrozado manto sobre las paredes.

Cada año se estiende más y más por las ventanas eternamente cerradas del cuarto de nuestra madre; y cuando me paseo en él por casualidad, olvidándome un momento de mí mismo, sólo consiguen arrancarme de mi soledad los pasos del anciano viñador que nos servia de jardinero en aquel tiempo, y que de vez en cuando va á visitar sus plantas como yo mis recuerdos, mis apariciones y mis sufrimientos.

VI.

Ya conoceis aquella morada tambien como yo. Ahora ¡qué no pudiera animarla un sólo momento, para que la contempláseis con la vida, el movimiento, el ruido, las ternuras de que para nosotros estaba llena! Habia yo cumplido diez años, y aún no sabia lo que era una amargura de corazon, un disgusto, una fisonomía adusta. Nada me oprimia; todo sonreia en torno mio. Ni estaba, sin embargo, enervado por las complacencias de aquellos á quienes debia obedecer, ni me abandonaba sin freno á las caprichosas exigencias de mis antojos ó á mis deseos de niño. Vivia en el centro benéfico y saludable de la plenitud de la vida, entre mi padre y mi madre, y respirando, sólo á su lado ternura, piedad y felicidad. Mi educacion física se habia reducido hasta allí á amar y á ser amado; y su complemento á criarme

al aire libre y á entregarme á los ejercicios casi salvajes que os he indicado. Era una planta sin cultivo y montaraz, y se guardaban muy bien de suministrarme abrigo.

Dejábanme crecer, fortificarme y perfeccionarme, luchando con los elementos en todas las estaciones. Este método de vida, me sentaba perfectamente, y á la sazon era yo uno de los muchachos más hermosos que han pisado con sus pies desnudos las piedras de nuestras montañas; sin embargo, de que en ella es donde puede contemplarse tan robusta y tan bella la raza humana. Ojos de un azul oscuro, como los de mi madre, facciones muy marcadas pero suavizadas por una espresion algo reflexiva, cual la suya; una vislumbre resplandeciente de alegría interior, que iluminaba el semblante todo, cabellos muy dóciles y finos, de color oscuro y dorado, como la corteza de la castaña, cayendo en ondas mas bien que en bucles, sobre mi cuello, tostado por la intempérie; estatura elevada ya para mis años; movimientos ligeros, flexibles y graciosos; empero, con una delicadeza de piel, heredada tambien de mi madre, y una propension á ruborizarme y á perder el color, que revelaba la finura del cútis, la rapidez y la influencia de las emociones del corazon sobre el semblante; soñar, en fin, el retrato de mi madre, con la diferencia de la espresion varonil; tal era yo cuando niño. Dotado de buenas formas, de buen corazon, de buen carácter, habia puesto la vida un sello de felicidad, fuerza y salud en todo mi ser. El tiempo, la educacion, las culpas, los hombres, los disgustos

lo han hecho desaparecer; pero á nadie acuso por ello, sino á ello mismo y á mí sobre todo.

VII.

Mi educacion dependia de los ojos más ó ménos serenos y de la sonrisa más ó ménos franca de mi madre. Las riendas de mi corazon estaban en el suyo. Solo exigia ella de mí que fuese verídico y bueno, lo cual no me costaba trabajo alguno. Mi padre me daba un ejemplo de sinceridad que rayaba en nímio, y mi madre el de la bondad, hasta un grado eminentemente heróico; de suerte que mi alma, respirando benevolencia únicamente, no podia menos de producirla. Nunca tuve necesidad de luchar ni conmigo mismo ni con nadie; todo me complacia, nada me disgustaba. Ofrecianme como una recompensa lo poco que me enseñaban mis maestros, que no eran otros sino los autores de mis dias.

Veíales leer y queria imitarlos; mirábalos cuando escribian, y les suplicaba que me enseñasen á formar las letras. Todo se hacia jugando, en momentos perdidos, sobre las rodillas, en el jardin, en un rincon de la chimenea, en la sala, entre sonrisas, juegos y halagos que escitaban mi inclinacion, y eran parte para que provocase yo mismo aquellas lecciones tan cortas y que tantos atractivos me ofrecian. Así lo aprendí todo, algo tarde, es cierto, pero sin que recuerde cómo fué, y sin que al enseñarme observaran en mí el menor disgusto. Avanzaba sin conocer que andaba; mi pensamiento, siempre en

comunicacion con el de mi madre, se desenvolvia en el suyo, por decirlo así.

Las demás mujeres llevan solo nueve meses los hijos en su seno; pero puedo decir que mi madre me ha llevado doce años en el suyo, y que me ha nutrido con su vida moral, como lo habia hecho ya con la física al abrigarme en sus entrañas; hasta el momento en que forzosa y desgraciadamente me ví arrancado de ella para vivir en la vida pútrida, ó por lo menos glacial de los colegios.

No tuve maestro de leer, ni de escribir, ni de lenguas. Un vecino de mi padre, llamado M. Bruys de Vaudran, hombre de talento, retirado del mundo, en el cual habia vivido demasiado, iba á visitarnos una vez á la semana, y solia llevarme muestras de escelente letra, que copiaba yo á solas, y que le enseñaba cuando volvia para que me las corrigiese. Desde muy niño se despertó en mí una grande aficion á la lectura; hasta tal punto que apenas se hallaban libros suficientes, acomodados á mis años, para alimentar mi curiosidad. Pero estos libros dejaron muy pronto de satisfacerme, llamando sólo mi atencion los volúmenes que veia colocados en varias tablas en un gabinete contiguo á la sala. Mi madre procuraba amortiguar esta impaciencia por saber que se despertaba en mí, y solo muy poco á poco y despues de un detenido exámen me iba entregando los libros. La Biblia compendiada y depurada, las fábulas de Lafontaine, que me parecian á la vez pueriles, falsas y crueles, y que nunca pude retener en la memoria; las obras de Mad. de Genlis, las

de Berquin, unos trozos de Fenelon y de Bernardin de Saint-Pierre, que ya en aquel tiempo me entusiasmaban; la *Jerusalen libertada, Robinson,* algunas trajedias de Voltaire, y en particular *Merope*, que me leyó mi padre en las veladas; tales fueron los depósitos dónde bebí, como la planta en la tierra, los primeros jugos alimenticios de mi inteligencia juvenil. Pero, sobre todo, bebia en el alma de mi madre, leia á través de sus ojos, sentia á través de sus impresiones, amaba á través de su amor; todo me lo traducia por ella; naturaleza, sentimientos, sensaciones, pensamientos. No hubiera podido comprender nada de la creacion que se presentaba ante mis ojos, si ella no lo hubiese puesto al alcance de mi inteligencia, porque su alma era tan luminosa, tan ilustrada y tan vehemente, que no dejaba tinieblas ni frialdad en ninguna cosa. Al hacérmelo comprender todo poco á poco, lograba tambien que todo me inspirase amor. En una palabra, la instruccion, tan insensiblemente como yo la recibia, no era una leccion, sino la accion misma de vivir, de pensar, y de sentir, ejercida á su vista, con ella y por ella. Así se iba formando mi corazon sobre un modelo que no tenia ni aún el trabajo de examinar; de tal manera se fundia con mi propio corazon.

VIII.

Mi madre se cuidaba muy poco de lo que se entiende por instruccion: no aspiraba á hacer de mí un muchacho adelantado para mi edad, ni pretendia

que se despertase esa emulacion, que no es otra que la escitacion del orgullo de los niños. No me permitia compararme á ñadie, no me ensalzaba ni humillaba tampoco nunca con comparaciones peligrosas. Juzgaba, con razon, que una vez desenvueltas mis facultades intelectuales con los años y la salud del ánimo y del cuerpo, tomaria, con tanta velocidad como otro cualquiera, ese baño de griego, de latin y de guarismos de que se compone la superficialidad literaria, á que dan el nombre de educacion. Lo que deseaba ante todo, era hacer de mí un niño dichoso, un espíritu recto y un alma apasionada; una criatura de Dios y no un maniquí de los hombres. Tales eran las ideas que, acerca de la educacion, habia encontrado en primer lugar en su alma, y despues en J. J. Rousseau y en Bernardin de Saint-Pierre, esos dos filósofos de las mujeres, porque lo son de sentimiento. Los habia conocido ó visto en su infancia en casa de su madre; despues los leyó devorándolos con ánsia; y ademas habia oido, siendo muy jóven aún, debatir mil veces sus sistemas por Mad. de Genlis y por las personas doctas encargadas de la educacion de los hijos del duque de Orleans. Sabido es que aquel príncipe fué el primero que se decidió á aplicar las teorías de esta filosofía á la educacion de sus hijos. Mi madre, criada con ellos y casi como ellos, debia trasladar á los suyos las tradiciones de su infancia, y lo hacia con tacto y con discernimiento. No confundia lo que conviene enseñar á los príncipes, colocados por su nacimiento y por sus riquezas en la cumbre del órden sócial, con lo que se necesita